

EL CORO

al doctor ALFREDO L. PALACIOS

Ahora la Auditoría quiere saber cuántos tornillos fueron importados en el año 1951... ¿a mí qué me importa?

Alexis dejó el portaplumas corto, de madera áspera, entre dos de las jorobas del tintero y se abandonó francamente al empuje de sus pensamientos.

¿Pensamientos o imaginaciones? ¡a, ya!... Otra vez la misma cuestión. Y en verdad le preocupaba. Desde varios meses atrás su modo de discurrir —su propia mentalidad— se le aparecía como algo poco serio, ilógico... y aún sucio. ¡Imágenes, imágenes! Era necesario buscar otra manera más firme, más precisa. (¿También menos inquietante? ¿También más lejana de la verdad?).

Miró el almanaque: lunes. Si, hoy es lunes. Pensar un lunes en la semana que tenemos delante es como subir por una escalera mecánica que baja. Tomó de nuevo el pequeño portaplumas. Alguien comenzó a sumar en la máquina grande. (Eran varios golpes ágiles sobre las teclas de los números y la respuesta monótona del mecanismo acumulador. Eran varios golpes ágiles sobre las teclas de los números y la respuesta monótona del acumulador. Eran varios golpes ágiles sobre las teclas de los números y la respuesta monótona del mecanismo acumulador). ¿Cuántas oficinas como ésta habrá —en este instante— en Buenos Aires? ¿Diez mil? ¿Cien mil?

Entonces recordó el coro. Abrió el cajón de la izquierda: allí estaban los papeles amarillos escritos con su letra prolija de aprendiz de contador. Encabezaba la primer hoja un título subrayada con una línea ondulada: "CORO DE LOS HOMBRES Y DE LAS MUJERES DE LA VIDA MEDIOCRE".

De sus ensayos literarios, porque Alexis cometía ensayos literarios, aquél era el preferido. A veces lo imaginaba formando parte de una hermosa y trágica obra donde se cantaban las guerras más heroicas y los abandonos más miserables del hombre moderno. Otras —nunca modesto— pensaba componer con él un cuento original, en el que gorgoteara ese "líquido sollozante" de la vida.

El coro comenzaba como en una gran lamentación.

—“Lunes. Lunes. Lunes.

Hoy es lunes.

¿Nunca conoceremos el amor y la grandeza?

Todas, todas las oficinas están llenas de hombres y de mujeres. De hombres y de mujeres inútilmente atareados en cosas que no les importan.

¿Y el sol? ¿Dónde está el sol?

¿Y el mar? ¿Dónde está el mar?

¿Y los niños? ¿Dónde está la sonrisa de los niños?...”.

Otro empleado se detuvo junto a su escritorio. Alexis levantó la cabeza: era Gómez. Parecía preocupado. El enojo de un cerco insalvable se le amontonaba en el entrecejo y le desdibujaba los labios. Tenía unas planillas en las manos. Se quedó allí, con la cabeza gacha, como si esperara.

Gómez: raza de amanuenses. El coro de la vida mediocre lo ha llamado.

—¿Qué te contestó el Jefe, Gómez?

—Que si fuera por él no habría inconvenientes... Pero justamente hoy la Auditoría ha pedido ese informe...

—Entonces te dijo que no.

Gómez encogió los hombros en una actitud familiar. Alexis pensaba que era de disculpa, pero nunca supo a quien disculpaba Gómez con aquel gesto.

—No. En realidad no me dijo que me quedara. Pero hay mucho trabajo y ese informe es importante.

—La Auditoría, el informe importante... ¿Qué es lo que importa más: esto o tu mujer?

—No Alexis. No comencemos otra vez. Las cosas no son así. Aquí me pagan para que trabaje. Tienen derecho.

Alexis pensó: Tienen derecho. Tienen derecho. Un juego torpe, pero eficaz. Un juego inventado por unos pocos para su beneficio. Un juego que —sin embargo— jugamos todos. En la máquina seguían sumando. (Eran varios golpes ágiles sobre las teclas de los números y la respuesta monótona del mecanismo acumulador. Eran varios golpes ágiles sobre las teclas de los números y la respuesta monótona del mecanismo acumulador). Una gran impotencia burlona y triste le tironcaba de las orejas.

—¿Qué fué lo que te dijo ella?

—¿Ella?

—Sí, tu esposa. Cuando habló por teléfono.

—¡Ah! Dice que no se siente bien, tiene miedo. Claro, como es primeriza.

Quiere que vaya enseguida. Quiere verme. Pero no ha de

ser nada importante, todavía faltan varios meses.

Aquí, con las manos llenas de papeles, hizo un ademán como si explicara algo, que no explicaba nada. Alexis volvió a

—¿Al llegar a tu casa... todavía es de día?

Gómez pareció sorprendido por la pregunta. Después comenzó a contestar con un balanceo desesperado entre la queja y la resignación.

—No. Llego tarde, cuando ya ha oscurecido. Y los sábados tengo las extras. Pero ella está bien. Claro que tiene un poco de miedo, como es primeriza. Se queda mucho tiempo sola, todo el día... piensa. A veces va a la casa de la madre, pero vivimos muy lejos.

—¿Qué edad tiene tu esposa?

Contestó maquinalmente y volvió a desaparecer en el remolino de sus contradicciones.

—Veintidós años... ¡María es muy caprichosa! No debió llamar. Le dije que no vuelva a hacerlo. Lo que ocurre es que está asustada... es natural... No ha de ser nada serio...

—¿Entonces no vas a ir?

Quedaron en silencio. El que sumaba en la máquina dejó de sumar. Gómez miraba la ventana alta y estrecha. El fruto inesperado de un pensamiento nuevo y simple le conmovió de la cabeza a los pies.

—¿Voy, Alexis?

—Te está esperando. Si te vas enseguida llegarás a tu casa con sol.

Alexis sintió el impacto de sus palabras en el cuerpo de Gómez. ¡Con qué sed extraña las recibió! ¡Cómo le corrieron ellas a través de los brazos, del torso y de las piernas como arroyos de leche tibia!

—Sí. Podría llegar a mi casa antes de que anocheciera, con sol. ¡Qué raro sería!... Me va a parecer domingo. Bueno, no: los domingos no viajo a esta hora. ¿A qué hora habrá tren?... ¡Qué importa! Esperaré en la estación. Mientras voy a ver cómo trabaja esa cuadrilla que está ajustando los rieles. No, no va a parecer domingo ni día de semana... ¡Tendré que cruzar la plaza! Parece una tontería, pero me gusta el perfume de las magnolias: es fuerte y fresco. Le voy a decir a María que me espere en la plaza.

Se movió y fué como si despertara. Una silenciosa lluvia de millones de pequeños pensamientos mediocres, de sonrisas de disculpa (¿a quién?), de gestos cortos y nerviosos, de puntadas en los ojos y en la espalda, de seis cuerdas caminadas para ahorrar los treinta centavos del tranvía, de "¿dónde irá el buey

que no are?”, de tú debes, tú debes, tú debes, le fué empapando la cara redonda y el cuerpo delgado.

—¿Y el informe? La Auditoría lo está esperando... No. No puedo irme. Reparó de nuevo en las planillas que tenía en las manos. Caminó lentamente hasta la máquina de sumar, colocó los papeles sobre la tabla y recommenzó su trabajo. (Eran varios golpes ágiles sobre las teclas de los números y la respuesta monótona del mecanismo acumulador. Eran varios golpes ágiles sobre las teclas de los números y la respuesta monótona del mecanismo acumulador). Alexis estuvo mirándolo un largo rato. ¿Pensaba o imaginaba? Volvió a recorrer con la vista las carillas del coro. Se detuvo en este párrafo:

“Las máquinas horribles teclean la razón de nuestras tristezas.

Las grandes hojas de los grandes libros están contabilizando la inútil muerte de las horas de nuestras vidas. Hoy es lunes.

¿Existe en algún lugar el minuto distinto de nuestra propia heroicidad?

... ¿Qué es esto? No. No queremos soñar.

Nosotros no queremos soñar.

Queremos dormir, dormir profundamente.

Hoy es lunes.

¿Para qué soñar? ¿Para qué?

¿Acaso podríamos despertar?

¿Acaso son posibles el amor y la grandeza?”

¿Acaso son posibles el amor y la grandeza? Gómez sumaba. (Eran varios golpes ágiles sobre las teclas de los números y la respuesta monótona del mecanismo acumulador. Eran varios golpes ágiles sobre las teclas de los números y la respuesta monótona del mecanismo acumulador). Dos preguntas quisiera y no quiero hacerte Gómez. Primera: ¿Para quién crees que va a nacer tu hijo? Tu hijo, sí; tu hijo. No va a nacer para tí, ni para María. Tampoco va a nacer para él mismo. Dentro de veinte años va a estar trabajando en esta misma oficina. (No importa que sea otra). Sumando el mismo dinero ajeno. (No importa que sea otro). Cambiando la misma mujer, el mismo sol y el mismo perfume de magnolias, por el mismo informe importante para la Auditoría. (No importa que sean otros). Con tu mismo cansancio de horas extras y tu mismo sueldo escaso. ¡Y todo va a ser natural, normal... administrativo! Segunda: ¿Cuándo te vas a morir Gómez? ¿Y si murieras esta noche; cuando vuelvas de trabajar las horas extras, al cruzar la plaza que huele a magnolias?

Se sobresaltó. ¿Hablabo o pensaba? No, no hablaba: Gó-

mez seguía sumando. Con un lapiz azul, Alexis escribió en la última de las hojas amarillas:

“No. No. No. No queremos morir.

Dormidos, heridos, enfermos.

Ocho y ocho y ocho horas encorvados sobre las mesas con secantes verdes manchados de tinta.

Pero no. Muertos del todo no. Muertos del todo, no.”

El tranvía repleto de gente se zarandeaba y gemía en la cuesta de la calle Callao. Aunque afuera aún había algo de luz, las lamparillas del vehículo estaban encendidas y como varias se encontraban flojas, con los sacudones se iban apagando y encendiendo. Cada una de las coyunturas de las maderas, de los hierros y de los vidrios producía un chirrido distinto. Desde abajo llegaba el ronquido y el traqueteo de los ejes y las ruedas. Arriba las ventanas de los ventiladores golpeaban con furia. De tanto en tanto triunfaba el estrépito de un golpe formidable. Hacía calor. Alexis, de pie, sentía correrle el sudor por la espalda y por los flancos. Tuvo que echarse hacia adelante y levantar el portafolios para dejarle paso a un hombre que quería bajar. El borde de un asiento le lastimó debajo de las rodillas. La doble fila de hombres y mujeres que ocupaba el pasillo se fué abriendo trabajosamente. Una horrorosa sensación de malestar, de cansancio, de ropas húmedas de transpiración, viajaba también en aquel tranvía destartelado.

De pronto recordó aquella tarde. Era extraño. Siempre recordaba esa tarde en los momentos más inesperados: entre las voces y el humo de un café, al salir de un cine en la calle Lavalle, en los colectivos de techo bajo... Fué en la chacra de un tío, varios años atrás. Aquella tarde había ido a buscar a su tío a unos potreros. Estaban arando. Hubo que cruzar por la tierra recién removida, se hundía hasta más arriba de los tobillos... ¡Cómo cansa caminar por la tierra blanda! Se tuvo que parar, jadeaba como un perro. Poco a poco se fué tranquilizando. De golpe oyó el silencio; nunca antes había estado en un silencio así. Uno podía hacer ruido, podía gritar: ¡Tío Juan!... Era lo mismo, el silencio estaba igual, estaba detrás, desde antes. ¡Tío Juan!... Después se calló: ¿para qué gritar, para qué hablar? El potrero estaba en una loma y parecía que hubieran arado toda la tierra, hasta el horizonte. Anochecía. Una bandada de gaviotas blancas volaba detrás del arado. Nunca supo cuanto tiempo estuvo allí, hundido en la tierra blanda, silencioso, quieto; como un árbol que siente lentamente como la tierra lentamente le va subiendo a través de las piernas.

—Hermano, ¿por qué traes estas gaviotas blancas a un tran-

vía rechinante y atestado de gentes cansadas?

—Hermano, vinieron solas...

—Mira a los otros. Si quieres decirles algo, dícelo. Pero claramente, que sea como una suma o un teorema sin dos posibles interpretaciones.

—Hermano: ¿y qué haré con las imágenes?

—Pensamiento, hermano. Pensamientos y no imágenes.

—¿Y lo que no pueda decirse con la fría ciencia de las palabras?

—Te lo callas.

—¡Ah, si fuera tan fácil! ¡Si estuviéramos solos, si fuera yo el único que tú no comprendes, si no estuviera también aquí adentro el que ríe! ¡Ah, si tú pudieras oír esa risa y yo, que la oigo, pudiera reír!a!

—Imaginaciones, hermano. Sucias imaginaciones. Pensamientos necesitan los otros.

—¡Calla, calla! Oigo otra vez el coro multitudinario. Déjame presentir las palabras de los que aún no pueden hablar, porque saben demasiado poco de su propio dolor. Yo he criado para esto, otros oídos debajo de los comunes. Yo he aguzado para esto —con larga paciencia— el sereno amor de mis miradas. Y esto es lo que sienten oscuramente todos ellos, pero en CADA UNO. ¡Déjame! Esto es estrictamente personal. ¿Y qué podrías saber tú de lo estrictamente personal?

Buenos Aires. Buenos Aires. Buenos Aires.

Todos los tranvías y los ómnibus y las calles y las casas y los cines y los bares y los trenes subterráneos están llenos de hombres y de mujeres.

De hombres y de mujeres automáticamente atareados en una pequeña vida que nos roe las carnes y las almas.

Buenos Aires. Hoy es lunes.

¿Beberemos siempre el vino barato de los periódicos, de las novelas, de los cinematógrafos, de las revistas, de los teatros, de la música gangosa de los altoparlantes.

¿Nunca nos embriagaremos con el agua pura de nuestra propia heroicidad, de nuestro propio amor, de nuestra propia grandeza?"

Alexis bajó del tranvía al llegar a la calle Córdoba. Caminó por la vereda del Hospital de Clínicas y luego cruzó mirando hacia las dos direcciones del tráfico, como era su costumbre. Cuidaba mucho su vida y tal vez tuviera razón, aunque desde esta distancia nos parezca que no tiene mayores motivos para hacerlo. Finalmente entró en el edificio de la Facultad.

ORLANDO S. TORRES ROJAS

(Juan por Juan)